

CELCIT. Dramática Latinoamericana 611

EL DIVAN DE BECKETT

Marco Antonio de la Parra (Chile)

PERSONAJES (M: 2, F: 0)

WILFRED BION

SAMUEL BECKETT

PRÓLOGO

WB: Mi nombre es Wilfred Bion. Llegaré a ser un “reputado” psicoanalista con una obra que algunos, pocos en verdad, considerarán un gran aporte a la teoría y práctica analítica. No soy Freud ni Lacan. Ni Melanie Klein, mi maestra y analista. No. No hay muñequitos con mi efigie ni recuerdos de mi consulta ni hay un museo donde alguna vez viví. No soy un psicoanalista pop. Esta es la primera obra de teatro donde tengo un rol importante. Escribí algunas al final de mi vida pero no fui ni Shakespeare ni Ibsen ni Tennessee Williams. Estoy aquí porque mi primer paciente... (que no se entere por favor)... fue Samuel Beckett. Fue en Londres en 1934. Llovía a cántaros.

1. La primera sesión

La alfombra persa que cubre un espacio importante. No hay muros. Se escucha la lluvia inclemente del invierno de 1934 en Londres.

BION en su sillón. Hay un diván, otro sillón y una silla incómoda. Quizás un paraguero donde colgar los abrigos. El de WILFRED BION, el de SAMUEL BECKETT.

Un sombrero hongo. El de Bion.

Entra SB sacudiendo el paraguas. Lleva un sombrero hongo.

WB: Está lloviendo a cántaros

SB: Es obvio que lo está. Y con frío. Y mucho.

WB: Puede dejar su paraguas, su sombrero y su abrigo en el perchero. Tome asiento

LE SEÑALA EL SILLON. SB cuelga sus cosas.

SB: ¿No es en el diván?

WB: Primero debemos conocernos.

SB: Prefiero la silla (*SE SIENTA*)

WB: Es más incómoda

SB: Por eso mismo. No quiero sentirme a gusto en un sitio del cual me van echar en 50 minutos.

PAUSA

SB: Es un chiste por si acaso.

WB: Quizás no.

SB: Quizás sí.

WB: ¿Por qué razón vino a consultarme?

SB le extiende una carta. WB lee.

SB: Está todo escrito ahí.

WB: Preferiría que me lo contara. ¿El doctor Thompson es psiquiatra? ¿Es su médico habitual?

SB: No, es un antiguo compañero de curso. Y del equipo de cricket del colegio. Quiere ser psiquiatra pero él no me trata, él me habla.

WB: Hablar puede ser una forma de tratamiento.

SB: No lo creo. Hablar hace más mal que bien.

WB: ¿Incluso hablar con el doctor Thompson?

SB: Es la única persona a la que me hace bien escuchar.

WB: Usted parece tener la necesidad de un hermano mayor que le hable.

SB: Buena observación pero mal que lo diga. Tengo un hermano mayor. Frank. El me ha ayudado mucho. Cuando tengo mis crisis de angustia, lo único que se me ocurre es abrazarme a él por la espalda en la cama. Aparte de eso lo detesto. Le falta cultura.

WB: ¿Qué quiere decir?

SB: Toco el piano, leo, escribo. El solo comparte conmigo los deportes. Y bebe.

WB: ¿Usted no bebe?

SB: A veces. Una copa de vino blanco. Una jarra de cerveza. Soy irlandés.

WB: ¿Y se sigue llevando mal con su hermano?

SB: Se casó. El retomó la empresa de nuestro padre, muerto recientemente. No piensa más que en su trabajo. A propósito, él paga estas sesiones.

WB: ¿Usted no piensa en su trabajo?

SB: Yo pienso en cómo hacer para no trabajar. Desprecio a mi madre que quiere que yo me "gane la vida".

WB: Así que en lugar de ir donde su hermano, ha venido acá.

SB: Idea de mi amigo Thompson. No hay psicoanalistas en Dublín. Está vetado. Usted debe saberlo. Además mis crisis de angustia aumentan. No sé qué hacer con ellas. Siento que me muero. Que se me va a salir el corazón por la boca. No es divertido.

PAUSA

SB: ¿Sabe? No me ha gustado su interpretación. ¿Así se dice? ¿No? Es verdad, tal vez busque un hermano.

WB: Espero que lleguemos a comprendernos.

SB: Yo no quiero comprenderme con usted, quiero que me cure.

WB: Usted es exigente. Sin duda ha debido sufrir muchas exigencias en su infancia. Pero me temo que esto usted también lo llamaría una interpretación.

SB: No se me había ocurrido. Pero lo que usted me dice es verdad.

WB: ¿Quién fue la primera persona exigente?

PAUSA

SB: ¿Puedo tenderme en el diván?

PAUSA

SB: ¿Deduzco que no puedo?

WB: Elija donde se sienta mejor. No espere instrucciones.

SB se tiende en el diván

SB: ¿No vamos muy rápido? No me ha preguntado mi oficio, mis aficiones, la crueldad de mi infancia. De mi padre fallecido ni una pregunta.

WB: Lo iremos viendo. Usted también va rápido.

SB: ¿Cómo?

WB: Ya se tendió en el diván.

SB: ¿Sabía que tengo recuerdos intrauterinos?

PAUSA

WB: Tal vez, por su reacción, presumo que estamos hablando de las exigencias de su madre. Que está todo el tiempo sobre su espalda. Que no lo deja respirar.

SB inicia una crisis de tos y ahogo.

WB: Me la imagino abusiva, orgullosa, dura, con un ideal implacable de perfecta educación. Son cosas que se me ocurren.

SB se atora, muy angustiado

WB: No descansará hasta que obtenga por lo menos el Premio Nobel.

SB cambia de tos en ataque de risa

SB: ¡Qué absurdo! ¿Cuál Premio Nobel? ¿Yo? Ridículo. No soy científico ni estadista. Escribo, claro, pero hay miles, millones de escritores esperando el Nobel. Y si hay un escritor que escribe poco, que casi no escribe, que casi no ha escrito ni escribirá, ese soy yo.

PAUSA

SB: ¿Qué es lo que me ahoga?

WB: ¿Ahora? Creo que la mutua ambivalencia

SB: No lo entiendo.

WB: Ella lo ama y lo odia. Usted la ama y la odia. Tal vez teme amarme y odiarme. Es esa mezcla la que lo ahoga.

SB se recupera

SB: No sé si me está gustando el psicoanálisis.

WB: Yo tampoco.

SB: ¿Es un chiste?

PAUSA

SB: Su historia es a medias falsa, a medias verdadera. Pero me ha aliviado.

WB: También lo ha angustiado.

SB: ¿Ha terminado la sesión?

WB: No.

PAUSA

SB: Mi padre venía en la noche a mi habitación a contarme cuentos. Era mi calmante para dormir.

WB: Quizás por eso su afición a la literatura. Lo calma.

SB: No diría lo mismo si leyera lo que escribo.

WB: ¿Y ahora? ¿Qué lo calma?

SB: Un vaso de vino blanco, una jarra de cerveza...

WB: ¿O dos o tres?

SB: No. No me imagine bebedor. Soy solamente irlandés.

WB: ¿Nunca su madre le contó historias?

SB (Tos): Ella conservaba su mentalidad de antigua enfermera. No ejercía (tos) pero se mantenía en esa posición. Practicaba su arte en tres hombres: mi padre, mi hermano y yo (tos). Una enfermera no cuenta historias. Ella pincha, ella arranca los pensamientos, ella da pociones amargas, ella permanece insensible al dolor, a las quejas.

PAUSA

SB: Ella me hacía enemas de niño. Me metía la cánula a la fuerza en el culo.

PAUSA

WB: En su carta, el doctor Thompson habla de sus furúnculos sin precisar su lugar.

PAUSA

SB: Lo veía venir. La pregunta.

WB: ¿Cuál pregunta?

SB: El cuerpo. No en vano es médico. Les gusta hurguetear el cuerpo del otro. Indefenso, desnudo, herido. Bien, alégrese: uno en el cuello, el otro sobre la raya del culo. Y a veces herpes. En la boca. Y también...en el escroto...

PAUSA

SB: ¿Se está riendo?

WB: Más debería compadecerlo...

SB: Mi estado es digno de compasión en realidad...

WB: Al menos ese no se le ve...

SB: Estoy obligado de mostrarlo para las curaciones: es humillante.

WB: Humillar, ser humillado, ¿esa es su pregunta?

PAUSA

SB: Usted no ha nacido en Inglaterra.

WB: ¿De dónde saca eso?

SB: Usted tiene un leve acento.

PAUSA

SB: Somos dos. Yo ya le dije que soy irlandés.

WB: Su percepción es correcta.

SB: ¿Galés? ¿Escocés? No me diga que es australiano... No me lo va a decir. Los psicoanalistas no se lo dicen al analizado.

WB: Nací y crecí en la India. Me enviaron a un internado para mis estudios secundarios en Inglaterra.

SB: ¿Muy exigente?

PAUSA

SB: Es una broma, por si acaso. Tengo un raro sentido del humor. Quizás. De pronto le resulta impertinente de mi parte.

WB: Quizás su sentido del humor pueda ser útil para librarse de tanta exigencia.

SB: Yo nací en Irlanda. Pero elegí París para terminar mis estudios. La fuga es mi libertad.

WB: No me ha dicho su oficio.

SB: Escribo, pero claro, eso no es un oficio. Usted debe imaginarlo un pasatiempo.

WB: ¿En qué se “gana la vida” como dice su madre? Su oficio actual.

SB: ¿El mío o el que quería mi madre para mí?

WB: El que usted quiera.

SB: Nadie hace lo que quiere. Ni usted ni yo. Se lo apuesto. Una jarra de cerveza. Yo he sido profesor. A mi pesar. Quisiera ser escritor. Escritor y nada más que escritor. Si fuese posible. He publicado un par de cosas. Se han vendido poco y mal. Ojalá alguien me ayudara.

WB: Cuente conmigo.

SB estalla en una carcajada

SB: ¿Y cómo? Supongo que es un chiste. No es un mal chiste. “Cuente conmigo”. ¿Eso es psicoanálisis? “Cuente conmigo”. ¿Sabe? Su humor me ha decidido. Intentaré el psicoanálisis con usted. ¿Me puedo poner de pie sobre el diván? Pensará que estoy loco. Y lo estoy. Un poco. Y a mucha honra. Me gusta el relato de los locos. No creo que digan la verdad pero desnudan la impotencia del lenguaje.

WB: ¿Por qué pensaría que está loco?

SB: Ahí echado imaginaba los piojos del anterior paciente subiendo por el furúnculo de mi cuello. Y eso me angustia. Y me avergüenza.

PAUSA

SB: ¿Me considera un paciente tragable?

WB: ¿Tiene acaso usted problemas con el alcohol? Por lo de tragar se lo digo.

SB: Menos que el promedio irlandés. Se lo aseguro.

PAUSA

SB: ¿Tomará mi caso?

WB: Se nos acaba el tiempo.

SB: ¿Tomará mi caso?

WB: ¿Me pregunta si pasó la prueba, la exigente prueba del doctor Wilfred Bion? Sí, lo tomaré.

SB sonríe

SB: En realidad no sé por qué me dice que sí. Y no quiero saberlo. Pero puedo decirle por qué yo lo acepto a usted. Nosotros somos dos exiliados. Dos víctimas de Inglaterra. Y hay más. Usted es pelirrojo. Los cabellos rojos son un signo maléfico en la mayor parte de las civilizaciones. Yo siempre tomo partido por las personas calificadas de maléficas. ¿Estamos en la hora?

WB: Estamos en la hora.

SB: El tiempo a veces es lento. Otras se pasa volando. ¿Cuándo vuelvo?

WB: Nos veremos tres veces a la semana.

SB: Voy a Dublín para Navidad. A ver a mi madre y a mi hermano.

WB: Lo anotaré.

WB estira la mano para despedirse. SB vacila.

WB: Puede estrechar mi mano.

SB: Sí, no tiene piojos ¿no? Es un chiste.

Estrechan sus manos

WB. Señor Samuel Beckett

SB: Doctor Wilfred Bion

SB sale

WB: Yo estaba en formación. En cierto modo, el psicoanálisis es extremadamente simple, pero como toda cosa sencilla, por alguna razón resulta terriblemente difícil de manejar. Las teorías psicoanalíticas son muy útiles durante unas tres sesiones, en las que no se sabe nada acerca del paciente y, por lo tanto, hay que recurrir a la teoría. Después, las respuestas están en el diván. No estamos tratando de enseñarles a los pacientes que sabemos todas las respuestas, sino que si ellos hacen su trabajo podrían encontrarlas. Mi tarea era ver y escuchar.

2. Tiempo después.

WB: A veces estaba en silencio. A veces me atiborraba de información. Si cambiaba de tema constantemente, en realidad no estaba conversando conmigo. Era como una cortina de asociaciones libres que hacían imposible una interpretación. Una variante ruidosa del silencio. Otra manera de no vincularse.

SB en el diván

SB: Mi padre en su lecho de muerte. Sus últimas palabras: ¡Lucha, lucha, lucha! ¿Por qué? ¿Contra quién? Luego de la muerte de mi padre fue que comenzaron mis problemas. He leído a Freud hablando sobre la muerte de su padre ¿No debían los psicoanalistas ser más cautelosos en cuanto a su identidad y su historia personal? Dice Freud que la muerte del padre es la muerte más importante para un hombre. ¿No es cierto? Algo así dice. Los malos años fueron los que transcurrieron desde que tuve que arrastrarme a casa en 1932 y tras la muerte de mi padre en 1933 cuando yo estaba en Londres.

WB: Tal como lo está ahora...

SB: ¿Cree que temo que usted muera?

PAUSA

SB: Le diré cómo fue. Yo estaba caminando por Dawson Street y sentí que no podía avanzar. Fue una experiencia extraña que no puedo realmente describir. Sentí que no me podía mover. Tuve que entrar a un pub de prisa. El Davy Byrne. No recuerdo ya a dónde me dirigía. Quizás a la estación. Pedí un trago, sólo para quedarme más quieto. Y sentí que necesitaba ayuda. Fui al consultorio de Geoffrey, el doctor Thompson. Trabaja en la calle Lower Baggot como cardiólogo. No estaba. Lo esperé. Creía que me moría del corazón. Llegó y me examinó acuciosamente. Me dijo que debía hacerme un psicoanálisis. No es legal el psicoanálisis en Dublín. Somos ilegales en mi tierra natal. Usted sabe, en Irlanda son muy conservadores, muy católicos. No creen en la medicina psiquiátrica.

WB: Somos ilegales en la tierra de sus padres.

SB: ¿Qué quiere decirme con eso?

WB: Pienso con usted lo que significa ser ilegal y dónde.

SB: Hay algo ilegal en vivir. En cualquier país, en cualquier ciudad, en cualquier sitio.

Debería estar prohibido existir. O por lo menos como lo siento yo. Ahora.

PAUSA

SB: Con estas sesiones el pánico y el vértigo han ido desapareciendo. No sé cómo funciona pero es así. Retrocedo en el tiempo y me siento atrapado en el útero, aprisionado o imposibilitado para escapar, gritar para ser liberado, sin que nadie pudiera oírme, sin que nadie estuviera escuchando. A veces escribo sobre esto para aliviarme. La sensación de que hablo desde un estado embrionario. Un pedazo de carne en un frasco.

WB: Una madre que no escucha a un feto atrapado.

SB: Quizás. Quizás no he tenido propiamente una madre. Mi corazón a veces late furiosamente y no me deja dormir para nada. Y despierto y no puedo gritar para pedir ayuda.

WB: Como en el útero.

PAUSA

WB: La impotencia absoluta de no ser más que un pedazo de carne.

SB: No sé cómo funciona esto pero me alivia que me lo diga.

WB: No está en el útero.

SB: Será eso. Me puedo quedar solo en una casa que me han prestado en las afueras durante el fin de semana y estoy tranquilo. ¿Me ayuda usted o mi amigo Geoffrey? Geoffrey, el doctor Thompson como lo llama usted, se analiza con alguien de su misma Clínica, la Tavistock. Una vez me llevó de delantal blanco a ver a los asilados. Quería saber cómo eran. Yo sentía que en cualquier momento podía saltar el límite hacia la locura. Que lo había estado. Que podía volver a estarlo. O morir. O enloquecer. Me paseó por los pabellones de la institución. Los sentía mis pares. Quería escribir sobre ellos. Un personaje que se refugia en un asilo de dementes: Murphy. Pero cada página me llena de dudas.

WB: No hay creación sin dudas. Lo nuevo es siempre incierto.

SB: Eso lo sabe todo el mundo.

WB: Crear significa en cierto modo enloquecer.

SB: ¿Estoy loco?

WB: Tal vez

SB: ¿Y analizar? ¿No es otra forma de locura? Las dos mentes unidas en una batalla...

WB: ¿Lo siente una batalla?

SB: A veces...

PAUSA

SB: ¿Analizar necesita enloquecer?

WB: También. Un poco.

SB: ¿Cómo lo hace para decir siempre la interpretación correcta?

WB: Nunca se es correcto. El terapeuta diciendo lo exacto es un mito de novela.

PAUSA

SB: No sé si eso me alivia o me angustia.

WB: Pensó que yo podría estar más loco que usted.

PAUSA

WB: Pensó tal vez que yo me podría convertir en una madre loca

SB: O un padre muerto. No sé qué es peor. Imaginarlo a usted enterrado hasta el cuello en un basural o arrojado en un tarro junto a ella.

WB: ¿Su madre?

SB: Los dos. Lo que queda de ellos en mi mente.

PAUSA

SB: A veces es mejor olvidar. Demasiado a la vez es demasiado. Esto le da tiempo de anotar a la pluma. No lo veo pero lo oigo allí detrás de mí. Es decir el silencio. Cuando la pluma se detiene yo sigo. Demasiado silencio es demasiado. O es mi voz muy débil por momentos. La que surge de mí.

PAUSA

SB: ¿Es la hora? ¿No? No sé qué más decirle. Estoy en blanco.

PAUSA

SB: ¿Le importa si me quedo callado?

PAUSA

SB. Estoy en una rara sensación de paz y no quisiera estropearla. Como cuando mi hermano me deja abrazarlo. Me adelanté a su interpretación. Excúseme.

PAUSA

SB: ¿Puedo quedarme callado hasta el final de la sesión?

PAUSA

WB: Estamos en la hora

SB no se mueve del diván

WB: Estamos (*carraspea*) en la hora

SB: Lo sé. Necesito unos segundos para recuperarme. Esto es muy intenso para mí.

3. En alguna parte.

WB: Cuando dos personalidades se encuentran, se produce una tormenta emocional. Si efectivamente se han encontrado las dos partes que participan de esta tormenta deben decidir pasar el mal trago lo mejor posible.

El analista no debería hablar. Todas las sesiones me arrepentía de haber abierto la boca. En un sentido estricto el analista debería limitarse a lo mínimo. Quizás a un pavoroso silencio. Pero a veces Beckett permanecía en silencio la sesión completa. Permanecíamos ambos en silencio la sesión completa.

PAUSA

SB: No tengo nada que decir. No se me viene nada a la cabeza. O sí, pero no las palabras.

PAUSA

SB: Es como cuando escribo. O cuando no escribo mejor dicho. Me quedo en blanco mirando la página en blanco. ¿Escribiré algún día? ¿Volveré a escribir?

PAUSA

WB: Mi mente se agitaba con pensamientos y recuerdos, mi corazón se atribulaba. ¿Recuerdos míos? ¿Suyos? ¿Decirle qué? ¿Frases hechas? ¿Lugares comunes del psicoanálisis? Sentía las palabras totalmente devaluadas.

PAUSA

SB: No me gustan los internados.

WB: No se lo dije pero me hizo acordarme de mi infancia. A los ocho años me metieron en un internado británico como era costumbre en las familias de los funcionarios ingleses en las colonias. Aprendía a guardar preciosamente esa hora bendita en la que podía irme a la cama, taparme la cabeza con la colcha y llorar.

SB: Sufrí de niño esos sufrimientos que nos enseñan a no tener.

WB: Aprendí a llorar silenciosamente hasta llegar a ser como mi madre que no se reía y que no lloraba nunca.

SB: ¿Cómo combatía la desazón de ser de adolescente? ¿No me contestará? Ciertamente, ustedes no hablan.

WB: Sí, me masturbaba. Acostándome sobre mi vientre y balanceándome. Así huía del sufrimiento. Hui y caí en la guerra, como oficial. Ahí descubrí que podía ser un buen líder, descubrí la amistad. Descubrí los grupos y sus dinámicas. Escribiría sobre eso. No, no quiero hablar de eso ahora.

SB: ¿Se ha fijado en esa mancha en el techo? Parece un pájaro. O un Lacoonte devorado junto a sus hijos. Interprete, interprete. ¿No es eso lo que lo divierte? Tuve un sueño pero lo olvidé. No quiero hablar de eso ahora.

WB: Hablo de las cosas que me repercutían del análisis de Samuel Beckett. En realidad yo aún no era analista. Era solamente un psicoterapeuta. Pero él lo llamaba psicoanálisis y no quise contradecirle. Era mi primer paciente tendido en el diván. Ese diván donde a veces yo dormía la siesta.

4. Tiempo después.

SB en el diván

W: A veces eran verdaderas cataratas de frases sobre literatura. Parrafadas con que cubría su interior.

SB: ¿Conoce a James Joyce? ¿Lo ha leído?. No todo el mundo aguanta a Joyce. Lo he tenido que traducir. Del inglés al francés. Me lo pidió él mismo. En París lo conocí. Sus cuentos son accesibles para cualquiera. Correctos, a ratos impecables. Pero después el *ULISES*, tan perseguido. Como si fuera el libro más peligroso del mundo. Sexo explícito, claro. Nunca tantas palabras para expresar el deseo, nunca tal trabajo sobre el lenguaje. Escribí sobre Marcel Proust también. Leído en francés. ¿Le dije que hablo varias lenguas? Vivo en los lenguajes. Son mi casa, mi harapo, mi morral. Los idiomas. Joyce era, es, un buen tipo. Quiere ser el mejor escritor de la historia y cree que para eso debe escribir mucho. A mí me parece que escribe en exceso. Cuando él dice más, yo digo menos. Si él resulta ser el mejor escritor de la historia, yo seré el peor. Cuando su secretaria se equivoca al tipear él deja el error. Lo agrega. El siempre agrega. Yo resto. El suma. Mis últimas novelas son aún excesivas. Digo yo. Hablo demasiado. ¿Le molestan mis discursos?

WB: Tal vez a usted le molesten mis silencios.

SB: No había pensado en eso.

PAUSA

SB: No, no me molestan. A veces me refugio en sus silencios.

WB: ¿O sea?

SB: Como lo he hecho en las crisis de angustia en los brazos de mi hermano, de Frank. En la misma obscuridad que cualquier criatura o en otra aún no imaginada. Como la posición. Ya sea de pie o sentado o tumbado u otra posición en la obscuridad. El análisis es compañía. ¿Cuál de las obscuridades puede ofrecer mejor compañía? Eso.Cuál de todas las posturas imaginables puede ofrecer mejor compañía. Y lo mismo en relación con las demás cuestiones aún por imaginar. ¿Me puedo poner de pie en el diván?

PAUSA

SB: ¿Sí o no? ¿Qué significa su silencio? ¿Todo o nada?

WB: Puede hacer o decir lo que quiera.

SB: Usted lo interpretará igual. Hasta mi quietud y mi silencio las interpreta.

SE PONE DE PIE SOBRE EL DIVAN

SB: Se ven distintas las cosas desde aquí. ¿Se ha subido alguna vez al diván, doctor Bion? Es un barco. Es mi faro. Veo a lo lejos un árbol seco. Un hombre que arrastra a otro hombre tirando de una soga alrededor de su cuello. Unos tarros de basura donde un hombre visita a sus padres. Una mujer enterrada hasta el cuello en desechos industriales. Un hombre que cae del cielo y se pone de pie, se sacude y se va. ¿Es usted, Bion? Una boca veo, suspendida en el aire. No consigo escuchar lo que dice.

SE SIENTA EN EL DIVAN

SB: ¿Hablo mucho o poco? Comparado con sus otros pacientes. Yo quisiera ser escritor. Pero un escritor que casi no escriba. Pero me duele no escribir nada.

PAUSA

SB: Escribir un solo libro de muchos fragmentos. Solo fragmentos. Pedazos. Trozos de frases. Detritus. Pavesas. Brasas. Cenizas. No como Joyce o como Proust. Ufff.

PAUSA

SB: Quisiera ser escritor y no escribir jamás ni una línea. Acercarme al grado cero de la escritura. El vacío, la oscuridad, el silencio, la inmovilidad. Ahí cuando muy poco ya es mucho.

PAUSA

SB: Debería tener un piano en su consultorio, doctor Bion. A James, a Joyce, le gustaba cantar, quiso ser tenor. Debí ser cantante y tendríamos menos libros en la biblioteca. Y más canciones. Lo acompañaba al piano. Yo debería haber sido pianista. O profesional de algún deporte. Usted tiene aspecto de haber practicado algún deporte.

PAUSA

WB: Fui parte del equipo de waterpolo de la universidad. Y de rugby.

SB: ¿Por qué me contesta? Eso no es una interpretación.

WB: Porque usted me lo pregunta y pienso que sería bueno contestarle.

SB: ¿En Medicina?

WB: Historia.

SB: ¿Estudió Historia y luego Medicina? ¿Estuvo en la guerra?

WB: Así es.

SB: Contesta demasiado mis preguntas, doctor Bion.

WB: Pienso que quizás usted necesita que las conteste. Algunas por lo menos.

SB: ¿Usted cree?

PAUSA

WB: Para no sentirse atrapado en una jaula uterina donde nadie le contesta

PAUSA

SB (*Tos*) : Este fin de semana parto a Dublín. Veré a mi madre. ¿No será ya suficiente tiempo de análisis?

WB: ¿Lo dice a propósito de las jaulas?

SB: ¿Cómo?

WB: Dublín, su madre, el análisis...

PAUSA LARGA

SB: No.

PAUSA.

SB: O sí, no sé. Pero es verdad. Siento que debería huir. Siempre. De la gente, de las mujeres, de los grupos. Hasta de mis lectores. Já. Un escritor que no quiere que lo lean.

WB: Un paciente que no quiere que lo interpreten.

SB: ¿Un analista que no quiere interpretar? Es una broma. ¿No lo molesta? ¿No?

PAUSA

SB: No me lo va a contestar.

AMBOS A PUBLICO

SB: Cierto, me escondía en el silencio como en las palabras, me escondía ¿De quién? ¿De mi padre? ¿De mi madre? ¿De mi hermano? ¿De ese Dios en que no creía? ¿De los hombres? ¿De las mujeres?

WB: Lo dije. La teoría hace agua ante la evidencia del paciente. Todo su relato era una familia. La de origen, la de París con el padre Joyce, la de Londres con su hermano Thompson y yo como su padre o como su hermano. O como su madre que era peor. Y tenía que pensar agitadamente para salvar el vínculo.

PAUSA

SB: Me quiero ir.

PAUSA

SB: ¿No lo preocupa eso?

PAUSA

SB: Es parecido a lo que me pasa con las mujeres... ¡No me nombre a mi madre! Joyce me presentará a Peggy Guggenheim, la hija del millonario, la coleccionista de arte. Se... se... se fijará en mí. Dirá que necesitaba sacarme de mi estado abúlico. Que debía ser una experiencia fuerte...

PAUSA

SB: Trató de violarme.

PAUSA

SB: ¿No dice nada?

WB: ¿Tuvo algún efecto?

SB *RIE. ATAQUE DE RISA.*

SB: Fue ridículo. ¿Violarme? Funcioné, no crea que estuve mal.

SB *SOLLOZA.*

SB: Conoceré a Suzanne. Lucharemos en la clandestinidad contra los nazis. Escondidos, como esperando a algo o a alguien. En la campaña francesa.

PAUSA

SB: Conoceré después a Bárbara. Será irresistible.

WB: Una mujer protege del lazo asfixiante de la otra.

SB: De todas maneras me casaré con Suzanne.

WB: Relaciones paralelas que reducen el impacto...

SB: ¡Basta!

PAUSA

SB: El análisis no predice el futuro.

PAUSA

SB: Quizás sí. Perdón si he sido grosero.

PAUSA

SB: ¿Entiende por qué me quiero ir?

PAUSA

WB: Porque siempre se quiere ir.

SB: ¿Escapar?

WB: Sí. Así creo.

SB: He pensado en lanzarme por la ventana.

WB: ¿Y con su prima alemana también llamada Peggy? La que morirá de tuberculosis. La que lo hizo aprender alemán. Otra mujer, otra lengua. ¿Y con Suzanne? ¿Y con Bárbara? ¿Y qué decir de Peggy Guggenheim?

AMBOS RIEN A LA MENCIÓN DE PEGGY GUGGENHEIM

SB: Le juro que trataré de violarme.

WB: No tolerará no tenerlo entre sus piezas de museo.

SB: Cierto. Me volveré una piedra preciosa para algunos. Yo, el que no quería ser casi nadie. *Casi* dije. Y no es un chiste.

5. Más tarde, mucho más tarde.

SB: Hoy quiero contarle algo. Hoy amanecí con ganas de hablar. Pero no se imagine que eso garantice nada.

SB sentado en el diván. Se sienta y se acuesta una y otra vez como buscando una posición más cómoda pero imposible.

SB: Siempre quise huir de Dublín, siempre quise ser un autor extranjero. La vida es frágil en todas partes y yo prefiero pasar la mía temblando en otro sitio.

PAUSA

SB: Busqué trabajo en la National Gallery. No pagaban mal pero no resultó. Las cosas suelen no resultarme. Es más, me interesan más las cosas que no me resultan que las que

me resultan. Ser redactor publicitario me da vueltas en la cabeza. Usar el ingenio para vender un jabón. Tiene algo de francamente estúpido. Una especie de muerte literaria anónima. Conozco varios escritores o aprendices de poetas que se han desangrado como redactores de textos publicitarios. Sería una forma de enterrar esas ideas que me pueblan la cabeza sin sentido.

TARAREA UN JINGLE

SB: “Pruebe Stockon. Incendie sus cabellos. Bello, bello, como un sol. Pruebe Stockon, la tintura para hombres con fuego en sus cabezas”. Podría componer jingles. Aunque me falta el entusiasmo que deben tener por sus productos, aunque sea cínico, aunque sea hipócrita. Habría que tener cierto entusiasmo.

TARAREA Y BAILA EL MISMO JINGLE SOBRE EL DIVAN

SB: Fui a unas entrevistas, me preguntaron sobre cómo haría una campaña de una tintura para el pelo para hombres. Lo encontré tan vacío que me sedujo. No le contaré lo que pensé. Lo encontraron demasiado triste. “La tintura que quemará sus pensamientos”. “El color del corazón”. “Ni la lluvia ni muerte borrarán a Stockon”. “Tenga una cabellera de fuego inmortal”. Pensé que debía sacar alegría de algún sitio. ¿Alguna vez lo he hecho reír, doctor Bion? Me siento muchas veces como un payaso fallido. Como esas máscaras del teatro, a medio camino, indeciso entre la tragedia y la comedia. Tinte para el pelo de caballeros. Me atrajo la idea de la senectud oculta bajo la tintura. Teñido el poco pelo gris. De mayor espero que se me blanquee del todo la cabellera. Dejar de ser pelirrojo, dejar de ser apuntado con el dedo. Me mostraron las tinturas. Rojizas. Un mar de viejos pelirrojos. Con las cabezas ardiendo como antorchas. “Deje su cabeza arder” escribí. No les gustó mucho. Es decir, no les gustó nada.

TARAREA EL JINGLE Y CALLA. PAUSA LARGA. TARAREA EL JINGLE DE NUEVO.

SB: ¿Por qué lo encontraron triste? Un hombre con la cabeza en llamas, inmortal. Era como imaginar un dios griego.

WB: ¿Qué pasó?

SB: Me despidieron.

WB: Tal vez siente que aquí incendiamos su mente. Y eso por un lado lo estimula y por otra lo asusta.

SB: Eso es ridículo.

PAUSA

SB: Perdón si lo insulto.

WB: Las fantasías pueden sonar ridículas, pero una cabeza en llamas en alguien que está trabajando su propia cabeza... es bastante simbólico.

SB: ¿Y usted es el bombero o el pirómano?

WB: ¿Qué dice usted?

PAUSA

SB: El incendiario. Ha conseguido que hable más de la cuenta. Cada palabra una llama. Antes era solamente el silencio.

PAUSA

SB: ¿Terminamos?

6. Tiempo después.

SB en un largo silencio en el diván

SUBITAMENTE ambos se ponen de pie y se lanzan guantazos de box con guantes de clown hasta quedar exhaustos.

Vuelven a sus situaciones como que no hubiera pasado nada.

SB: A veces lo odio ¿sabe?

WB: Es un riesgo de toda relación.

SB: Mi madre y yo parece que tenemos una depresión al unísono. *Une folie a deux*. No sé quién se lo contagia a quién o si es hereditario. Pesada herencia. El insomnio nos descubre cada noche en la cocina buscando un vaso de leche con valeriana.

WB: ¿Ella apaga o enciende su cabeza?

SB: Ah, lo del incendio de las mentes. La hace añicos. Visitarla empeora mis ataques. No sé si me cura usted o sencillamente estar lejos de ella.

WB: O las dos cosas.

SB: Cada noche el insomnio y la sensación de un ataque cardíaco inminente. ¿Me puede salvar? ¿O sencillamente huyo de ella?

WB: O las dos cosas.

SB: ¿Cuáles? ¿Huir? ¿Venir?

WB: Tal vez lo puedo salvar ayudándolo a separarse en algún sentido de ella.

SB: A veces la siento dentro mío, en mi propio pecho, habitándome. Todas las noches despierto con ese ataque de pánico, con el corazón desbocado y ese miedo impreciso que sólo aumenta cuando me quedo mirando en la oscuridad.

SB se angustia y escenifica su crisis.

WB impertérrito.

SB: ¿No se va a mover? ¿Verdad?

WB: Como su madre...

SB: Como mi padre muerto.

PAUSA. Ataque de pánico de SB

SB: La escucho ir por su vaso de leche a la cocina. Me da miedo el pánico, tengo miedo al miedo. Es algo acumulativo. Tengo tanto miedo a que me lata el corazón que me empieza a latir desbocado, se me sale por la boca y despierto en medio de pesadillas, las mismas de siempre. Donde me asfixio o me ahogo bajo el agua. Me imagino que soy Houdini atrapado en su caja fuerte enorme sin conseguir escapar rompiendo las cadenas.

WB: En ese útero que es como una cárcel.

SB: A veces en el acto sexual siento algo parecido. Se lo confieso. Que quedaré atrapado en esa vagina, que seré aspirado por ella para no poder separarme nunca más, nunca más. Nunca más. No pienso en mi madre. No pienso en nada. Solo quiero que el acto termine pronto.

WB: Como las sesiones.

SB: Aquí por lo menos tengo derecho al silencio o a las nubes de palabras como me dijo el otro día. El sexo es una captura. Hay que huir. La pequeña muerte del orgasmo y salir, vestirse, fugarse, despedirse. ¿Se acuerda de mi prima Peggy en Alemania? A veces me

acuesto con ella pero prefiero hacerlo con prostitutas. Son más claras en sus propósitos. No quieren nada más de mí. Ni siquiera placer. Ella me abruma un poco. No sé cómo decirle que necesito estar a solas, que soy solo, que necesito comprobar cada día que funciono solo.

WB: Que no está atado por ningún tipo de cordón umbilical.

SB: Prefiero los hombres como amigos. Usted y yo, por ejemplo. Sé que no es mi amigo y no pretendo que lo sea. Me confundiría más. No podría contarle todo como lo pretende. ¿Lo hago bien? No contesta. Piensa, espero. Piensa en mí. Eso me despierta temor. Me inquieta que usted y yo tengamos cosas en común. Usted fue atleta, usted también fue profesor de francés.

AMBOS SE PONEN DE PIE Y SE ABRAZAN EN UN ENFRENTAMIENTO DE LUCHA LIBRE. DICEN LOS SIGUIENTES TEXTOS EN POSICIONES DE COMBATE.

WB: ¿Le inquieta el cordón umbilical conmigo?

PAUSA

SB: ¿Le gustaría que las sesiones fueran en francés?

WB: Y así escapar a la escucha de su madre. Hablar una lengua que ella no entienda.

SB: O italiano. Me sé de memoria *La Divina Comedia*. May, mi madre, es torpe con los idiomas. Es torpe con todo lo que signifique un vínculo. Sus caricias son como manotazos de un águila. Hacen daño. Por suerte acaricia poco. ¿Hablamos en francés?

WB: Y jugamos a que mamá no entiende.

SB: A veces pienso que si pienso en inglés lee mis pensamientos. Si pienso en francés no sabe lo que estoy imaginando. Y eso me libera.

WB: Y le calma el pánico.

SB: Algo así. No me había fijado. Usted no es nada de tonto, doctor Bion. Nada de tonto. A veces me cuesta venir, a veces no tengo ganas, pero ya ve: cumplo. Siempre vengo. Siempre hago lo que me piden. Lo que no quiero hacer, pero ya aquí pienso que es un buen sitio.

WB: Conmigo debe cumplir como con su madre.

SB: Basta de nombrar a mi madre. No temo que usted lea mis pensamientos. No tiene útero con el cual encerrarme. El vínculo es casi imaginario. Si en algo estoy resuelto es en no tener nunca unión con nadie, o al menos no tener uniones estériles.

WB: Como tal vez teme que resulte esta. Estéril.

SB: Lo es en cierto modo ¿no? Pero a veces me alivia. Quizás tema más una relación fecunda. Creo que me hace más humilde, más tolerante, más considerado con los demás. Conocí a Eliot, el poeta. El más grande poeta de nuestro tiempo. ¿Leyó *LA TIERRA BALDÍA*?

WB: No.

SB: Miente. Lo hace para que no podamos compartir algo, para que yo no le pueda preguntar nada. Le puedo recitar: "Abril es el mes más cruel". Lo conocí. Es un hombre cortés y amable. Y además tímido. Eso me gustó. Me gusta la gente tímida, me hace sentirme menos solo. Usted me inhibe en ese aspecto. No sé si es tímido o sencillamente disimula. Se vincula tan poco. Quizás yo no lo dejo. Con mi silencio. O con mi verborrea. *Ataco el vínculo* como dice usted.

WB: Le resulta peligroso, supongo. Puedo convertirme en una madre carnívora que lo deje sin mente, sin cabeza, sin pene.

SB: Qué asco. Una mantis religiosa, eso parece. Triturando la cabeza del macho entre sus fauces.

WB: En otras ocasiones puedo ser su hermano, su amigo, un refugio.

PAUSA. SE SEPARAN.

SB: Publiqué un libro. No le regalaré un ejemplar. Si lo lee no me lo comente. Mi humor crudo es la última defensa contra la desesperanza. Es mi primera novela. Y las críticas temí que fueran peores. Gerald Gould escribió que “es seco, áspero, no del todo ajeno a la belleza, aunque tampoco se deje traicionar por el capricho artificioso y por la oscuridad innecesaria”. Me lo aprendí de memoria. Llevo el recorte en mi bolsillo y lo leo cuando me invade el desánimo. ¿No se supone que debería usted curar mi desesperanza?

WB: ¿Que sea algo así como un sacerdote?

SB: Creería aún menos en usted. El psicoanálisis es una especie de religión laica. Usted cree en Freud que es su Mahoma y trae un mensaje de su ser superior. Una ciencia judía. Eso me despierta curiosidad.

VUELVEN A SUS POSICIONES. PAUSA.

WB (*a público*): Uno puede sentir que se aburre con un paciente o que el trabajo es poco gratificante o que la relación no progresa. Y no sabe uno si es una falla personal o una dificultad del paciente. Puede no ser culpa de ninguno de los dos, sino simplemente que no sabemos lo suficiente sobre la mente humana.

SB: ¿Y si yo leyera su mente? ¿Y si yo leyera los apuntes que toma mientras hablo?

WB: Nada que yo en algún momento no se lo diga.

SB: Miente, todos mienten. No lo censuro. Yo aquí por lo menos, digo la verdad. No toda, por supuesto. Omito pero no miento. Algún día deberé dejar de omitir, supongo. Me gustaría a veces que leyera mi último libro publicado. En otras ocasiones me da un pudor infinito. No soy un buen escritor. Ya dejé la poesía. Ahora tal vez deje la novela. ¿Qué me espera?

PAUSA

SB: ¿Puede hacerlo el psicoanalista? ¿O no lo permite eso que llaman el encuadre?

WB: ¿Qué cosa?

SB: Leerme... Vamos, me lee los pensamientos tres veces a la semana...

PAUSA

SB: ¿Terminó la sesión?

7. ¡Fuera seconds!

WB: En cierto momento el paciente descubre que aunque parece que es fácil analizarse, en realidad es muy desagradable estar en una situación en la que hay otra persona que tiene algún respeto por su personalidad y se entromete en su vida. Lo dudé. Pensé qué me diría la Sra. Klein o mi analista. Leer su libro era salirse del encuadre. Pero me decidí. Leí su libro. Supongo que no debía haberlo hecho. Es como tener información fuera del trabajo en el diván. No, no debí. Pero lo leí. Era extraño. Casi tanto o más que sus

sesiones. Se vendería mal. De los pocos ejemplares comprados, el mío. Pero tuve de pronto la certeza que era un creador auténtico, genuino, quizás alguien genial. Y me pregunté qué se hace con el genio. ¿Se puede psicoanalizar el genio creador? Las mismas dudas de todos. ¿La neurosis es parte de la creación? ¿Podaba yo con mis palabras su árbol de la vida? ¿Escribiría a pesar o gracias a su neurosis? ¿Su creatividad era un síntoma o un don? Me daban ganas de decírselo y sabía que no debía hacerlo. Podíamos convertir cada sesión en el combate o la alianza de dos mentes ambiciosas. Una vez me lo preguntó. ¿Y si yo soy más inteligente que usted? Así me dijo.

PAUSA

SB: ¿Y si yo soy más inteligente que usted?

WB: ¿Teme que castre su inteligencia con mis interpretaciones?

SB: Castrar. Les gusta esa palabra a los psicoanalistas.

PAUSA

SB: ¿Usted entiende lo que es ser creativo? ¿Realmente? ¿Lo soy yo acaso? ¿O debo conformarme con ser profesor de francés? ¿Me ha leído? ¿Quiere que le regale un libro? Sobraron 250 ejemplares. Eran 300. Pienso en quiénes lo compraron. Si lo han leído siquiera. No todos los libros comprados son leídos. Iría casa por casa preguntándoles si lo han leído. Es un libro raro. Escribo raro. ¿Deberé escribir como para que me entienda cualquiera? ¿Incluso mi madre? No sé si me ha leído. Ella, digo.

WB: Tal vez le envía mensajes cifrados.

SB: ¿Que lanzo mensajes en una botella al mar?

WB: A ella. Tal vez teme ser entendido y lo desea al mismo tiempo.

SB: Ataco el vínculo, como dice usted.

WB: Tal vez.

SB: Cada vez que viajo a Dublín e interrumpimos nuestras tres sesiones semanales parto aliviado. Se lo confieso. Me digo que no volveré más a verlo ni oírlo. Dublín disfraza la impaciencia que uno tenga. Londres viste su paciencia. Vaya saber uno qué es peor. En Dublín vivo con la impaciencia que las cosas cambien. En Londres uno se resigna a que sean como son. Y regreso. Y me tiendo en el diván. Y me siento en este barco como de entierro vikingo lanzado a alta mar y usted es el timonel. Con mi muerte psíquica de alguna manera morimos los dos.

PAUSA

SB: Dígame... La verdad... Leyó o no leyó mi libro... ¿Quiere leerlo? Le puedo obsequiar un ejemplar... Sobran... ¿No?... ¿O lo leyó y no me lo dice? No... No lo leerá nunca...

PAUSA

SB: Saber que no me leyó me alivia... Es como si me conociera menos y eso fuera mejor... Pero también me duele... Deja apenas estas tres veces por semana para saber de mí...

PAUSA

SB: Eso haré, Traeré un ejemplar de mi libro y lo leeré en voz alta... ¿Es legal? ¿No?

WB: Lo leí.

PAUSA. ATAQUE DE TOS DE SB.

SB: ¿Y qué le pareció? No me dice nada...

WB: No todavía, señor Beckett.

PAUSA

SB: Me leyó.

8. Aparte, donde debe estar siempre el analista.

WB: Diré, llegaré a decir, que el analista debe llegar a la sesión sin memoria ni deseo. En blanco. Tabula rasa. Dispuesto a ser sorprendido una vez por el olvido o la novedad. ¿Lo aprendí de Samuel Beckett? Él llegaba en blanco, siempre despidiéndose. Se iba en las fiestas de fin de año a su ciudad natal. Dije, diré, llegaré a decir, que en cada sesión debe haber dos personas asustadas. Si está asustado el paciente, es una sesión de torturas. Si está asustado solo el analista, es una sesión de castigo. Si ninguno de los dos está asustado es un juego perverso. Lo nuevo asusta. Y se trata de buscar lo nuevo. Cierto. Las veces que Samuel Beckett viajaba a Dublín siempre solían reaparecer sus síntomas y protestaba contra la inutilidad de la terapia. Y yo también me lo preguntaba.

9. De vuelta de Dublín, segundo año de psicoanálisis.

SB en el diván en posición fetal

SB: Los síntomas volvieron. Estaba bien, muy bien. Había jurado no regresar a esta camilla.

WB: Al diván.

SB: Es lo mismo.

WB: Es distinto. Una camilla es un cuerpo enfermo y yo sería un médico de guerra.

SB: ¿Fue médico en la guerra?

WB: Lo seré en la Segunda Guerra Mundial pero esa aún no ha empezado.

SB: Usted no entiende nada. Usted apenas toma notas, me hace compañía. Claro, dirá que su compañía me ayuda, algo me ayuda. Una compañía pagada como una prostituta.

WB: Como la de su poesía. O la prostituta de su novela.

SB: ¿Me ha leído? Cierto.

PAUSA

SB: ¡Me ha leído!

PAUSA

SB: Me ha leído. Y no me ha dicho todavía nada.

PAUSA

SB: No sé si me sorprende gratamente o me desagrada. ¿Qué le pareció? No puede decirme nada. Tiene que estar en total neutralidad, en absoluta abstinencia... ¿No es así, doctor Bion?

PAUSA

SB: No me va a contestar.

PAUSA

SB: ¿Tengo que hablar de lo que escribo también?

WB: Suele ser de lo que más habla.

SB: Hablo de mi vida.

WB: Y su vida es su escritura.

SB: Mi no escritura es mi no vida. La fuga de Murphy es también mi fuga. Hacerme pasar por un loco.

WB: Una forma de pasar desapercibido. Donde tiene que aprender todos los idiomas del mundo.

SB: A veces sus interpretaciones me trepanan el cráneo. ¿Da consejos? ¿Ayuda? ¿O solamente me interpreta?

WB: ¿En qué quiere que lo aconseje?

SB: ¿Sigo con mis poemas y novelas o intento el teatro? Todo lo que leo lo encuentro tan retorcido, tan rococó, tan recargado. Cuando voy al teatro es lo mismo. Siento que llenan la escena de payasos maquillados recitando textos gigantescos. Me produce náuseas tanta cosa sin sentido. Quiero escribir textos para nada, textos para nadie. Casi lo he conseguido. Lo que he editado y debo dar gracias supongo a que lo han editado, no se vende. ¿Quién quiere leer algo tan cercano al vacío?. De mis textos borro, siempre borro. Tal vez deba ser más escueto aún.

WB: No como su amigo James Joyce.

SB: No es mi amigo. Es más que un amigo. Es un mentor. Un hermano mayor irlandés en París. Una ciudad llena de artistas. Insufrible. Todos tratando de inventar algo nuevo y ser los mejores de la historia.

WB: ¿Usted no?

SB: Yo quiero que se me cure el alma. Vaya palabra. Agnóstico fundamental y digo alma. Y mis furúnculos. Y el herpes. A veces se van, otras vuelven. Marx tenía unos furúnculos feroces. En las nalgas. No lo dejaban sentarse a escribir en las bibliotecas de Londres. Quizás esa irritación tenga tanto que ver con *Das Kapital*. No he recibido esa bendición.

WB: No poder escribir.

SB: Eso. No poder. Sencillamente eso. Le debo a mis crisis de muerte la iluminación de que escribir puede tener algún sentido. Y si usted me las quita quedará en el vacío.

WB: Que es dónde quiere llegar.

SB: ¿Usted no? ¿Hay otro sitio donde llegar? Joyce quiere reescribir la Torre de Babel. Palabras escritas con varias lenguas al mismo tiempo. Yo no sé si quiero escribir. Y me vienen ideas. Este análisis afecta mi manera de escribir. Digo “afecta” en el sentido más positivo que pueda pensar. Me pasan cosas. Eso le debe gustar. Sin angustia. Cosas. ¿No quiere eso de mí?

PAUSA

SB: La hija de Joyce, Lucía, bella como un relámpago, se ha enamorado de mí. Y ha enloquecido. Pobrecilla. Cruzó el límite aquel que yo tanto temo. Me han pedido que me aleje de ellos. Los Joyce. Quizás sea el castigo familiar de tanta ambición lingüística. Su hijo es cantante lírico. Un mejor destino. Se casó con una mujer muy rica. Yo no sé si me case siquiera. Mi madre habla de nietos. Y yo le dije que se los diera mi hermano.

WB (*a público*): Sentía que Beckett nunca había sido capaz de amar y nunca había experimentado el ser amado. Y yo sabía lo que era sentir eso. ¿Tenía yo que amarlo o algo así?

PAUSA

SB: ¿Qué se quedó pensando? ¿Por qué no está tomando notas?

WB: ¿Quién es Lucía para usted?

SB: La hija de mi mentor. ¿Qué busca? No veo en ella a un alter ego de él. Quizás ella sí en mí. Ella está mal de la cabeza. Sí, quizás yo también. Sí, o no. O sí, tal vez. No me diga esas cosas que me confunde.

WB: Estamos en la hora.

PAUSA

SB: Otras veces cuando usted señala el final de la hora siento que me salva la campana. Esta vez casi tuve un ahogo. Y me lanza con él a la calle. Me hunde el bote del diván. Y me ahogo. Gracias. Buenos días, doctor Bion.

SB rueda del diván al piso

SB: En unos años un extraño me apuñalará a la salida de un cine. Casi estiraré la pata. En el hospital me visitará Joyce y dirá que me salvé por un pelo. La muerte, doctor Bion. La tan temida. Y yo me acordaré de usted. Y sabré que me salvó por un pelo. También.

10. El tiempo pasa.

SB en la alfombra

SB: En el piso de arriba vive una pareja joven, él es camarero en el Hotel Cadogan y ella criada de una aristocrática casa en Hans Crescent. Fogosos. De noche hacen tanto ruido, se aman como conejos en celo antes de quedarse dormidos. No me angustian. No me excitan. Son una especie de defensa contra el pánico. Quizás quiero sentir eso. Esa fogosa pasión. Quizás no quiero atacar el vínculo, quizás quiero tener alguna vez una gota de amor. Una vez. Una sola vez que sea. Y poder jubilarme del mundo de los sentimientos.

PAUSA

SB: Mi madre fue mi primer amor.

WB: Siempre la madre es el primer amor. Para bien y para mal.

PAUSA. CANTAN JUNTOS "LOVE IS A MANY SPLENDOROUS THING".

SB: No quiero seguir.

PAUSA.

SB: No quiero seguir, dije. ¿No tiene nada que decir?

WB: ¿Por qué?

SB: Porque no siento nada.

WB: Usted mismo ha dicho que no quiere sentir nada.

SB: Y si siento algo es dolor. En la Navidad en Dublín vi a mi madre sufriendo aflicciones económicas por culpa de lo que debo pagarle a usted. Ustedes los psicoanalistas lo único que quieren es el dinero de sus pacientes.

WB: Creer eso quizás lo alivie.

SB: Me irrita, no me alivia.

WB: Quizás sea más sencillo creer que quiero su dinero a pensar que puedo tener un vínculo con usted

SB: Aquí no hay ningún vínculo. Esto no me hace bien. Mi corazón está mal. Debe verme un cardiólogo, no un psicoanalista. De pronto parece que mi corazón va a reventar, de pronto late con tal parsimonia que siento que se va a detener. Mi último personaje,

Murphy. Mi última novela. Murphy padece del corazón. Mi madre también está decepcionada de los resultados de mi psicoanálisis. Me dice que debo valerme por mis propios medios, tener fuerza de voluntad, portarme como un hombre hecho y derecho.
WB: Pero vuelve al diván ¿Por qué?

PAUSA

SB: Porque no entiendo cómo me alivia. Aunque me siento abrumado por no servir para nada y llevar una vida más bien sórdida y pobre. ¿Tiene sentido escribir? Mejor tener alumnos de francés. ¿Podemos disminuir las sesiones? ¿A solo dos veces a la semana? ¿O una? Hable por favor.

PAUSA

SB: Hable por favor. Diga algo.

WB: Estamos en la hora.

SB rompe a llorar

WB permanece distante. Está acongojado pero lo disimula, en total abstinencia.

SB se sienta en el diván.

SB: Soñé que lo mataba. Se lo contaré la próxima sesión.

11. Aparte.

WB: Muchas pero muchas veces no sabía qué decirle. Tenía que calmar la angustia que iba creciendo en mí. Se instalaba en mi pecho, me cortaba el aire, agitaba mis pulsaciones. Más de una vez me pillé tomándome el pulso mientras él o estaba en silencio o soltaba frases sueltas como en un discurso psicótico. Yo sabía que estaba buscando palabras, las palabras que significaran lo menos posible. Palabras mínimas que le permitieran decirme lo que quería decirme y que siempre refería como imposible de ser transmitido con palabras. Yo contenía mi angustia.

AMBOS SE DUERMEN.

WB: Pero lo peor eran sus silencios. Se iba de la sesión mentalmente y me venía a veces la angustia y otras una somnolencia invencible. Sentía la lucha de su mente y la mía. La suya resistiéndose al dolor, la mía resistiéndose al traspaso de su angustia y, peor, a la anestesia con que suponía conseguía sobrevivir. En una ocasión di unas cabezadas y me di cuenta que nos habíamos pasado de la hora, de los 50 minutos. Me había dormido, con un sopor irresistible. Me estaba relatando el capítulo del *ULISES* de Joyce en que Bloom desayuna un riñón. Lo llamé el efecto *riñón*. Sabía que me traspasaba elementos que yo no conseguía mentalizar y menos pensarlos y menos interpretarlos. En una ocasión se lo dije. Me sacudí la somnolencia y se lo dije. Le dije. “Usted quiere hipnotizarme, que yo me duerma, quiere tomar el control a través de la somnolencia”. Eso le dije. Y despertamos ambos. El también se había dormido.

12. El tiempo se va acabando.

SB en el diván

WB: Tal vez preferiría dormirse que sentir o pensar.

SB: Tal vez.

PAUSA

SB: Pero no me duermo

WB: Pero calla su mente. Como si fuera algo así como un aparato de radio que puede apagar.

SB: Me duele la mente. ¿Cree que me agrada escuchar sus frases sueltas, sus recuerdos deshilachados? Mi mente es un gran espacio vacío, una casa sin tejado, tan solo una ampolleta que cuelga bajo la lluvia. ¿Quiere más? No tengo hoy nada más.

WB: Tal vez tiene y no puede.

SB: Tal vez no pueda nunca nada.

WB: Tal vez hay algo que no consigue terminar de transmitirme y es tan solo una emoción amorfa

SB: Un texto para nada, para nadie. Residuos, restos, basura, pelusas, briznas. No me pida más. No me pida nada. Basta ya. Está como mi madre. Siempre esperando algo de mí. Algo que ella no me dio nunca.

PAUSA

SB: Me dijo que podía decirle todo sin filtro alguno. Que la tarea de armar el rompecabezas era suya. Pensó en esa palabra: "rompecabezas". ¿No está suficientemente rota la mía? Moriría hoy mismo, si quisiera, con solo proponérmelo, si pudiera querer, si pudiera proponérmelo. Pero mejor dejarme morir sin precipitar las cosas.

PAUSA

SB: Algo debe de haber cambiado. No quiero ya inclinarme, ni en un sentido ni en otro. Seré neutral e inerte. Me resultará fácil. Solo hay que tener cuidado con los sobresaltos. Por otra parte, me sobresalto menos desde que estoy aquí, con usted. Evidentemente aún siento de vez en cuando impulsos de impaciencia. Y de ellos debo defenderme ahora, durante quince días o tres semanas. Sin exagerar nada, desde luego, llorando o riendo tranquilamente, sin exaltarme. Sí, por fin seré natural, sufriré todavía, después menos, sin sacar conclusiones, me escucharé menos, no seré ni frío ni caliente, seré tibio, moriré tibio, sin entusiasmo.

PAUSA

SB: ¿Y si muero de un ataque al corazón en su diván? No me miraré morir, eso lo falsearía. ¿Acaso me he visto vivir? ¿Acaso me he quejado alguna vez? Entonces ¿por qué alegrarme ahora? Ya no responderé a las preguntas. Intentaré también no formulármelas. Podrán enterrarme. No me verán ya en la superficie. Hasta entonces me contaré historias, si puedo. No será las mismas historias de otras veces, eso es todo. Serán historias ni buenas ni malas, apacibles, no habrá en ellas fealdad ni fiebre, apenas si tendrán vida, como el artista

PAUSA

SB: ¿Qué digo? No importa. Déjenme decir para empezar que no perdono a nadie. Les deseo a todos una vida atroz y luego las llamas y los hielos de los infiernos y un honroso recuerdo en las execrables generaciones venideras. Basta por hoy.

WB: Sí, estamos en la hora.

SB: Nos hemos pasado.

WB: Un poco. No quise detenerlo.

SB: No pudo. Lo até con mis palabras como dice usted.

WB: Tal vez.

SB: ¿Terminamos?

SB rompe a llorar.

SB: Un segundo. No quiero morir, eso es todo. Qué miserable, qué insignificante. Perdón, ya me voy.

SB se pone de pie.

SB: Adiós, doctor Bion.

13. El nacimiento.

WB: En algún lugar de la situación analítica, sepultada bajo masas de neurosis, psicosis y demás, hay una persona que pugna por nacer. Yo a ratos no sabía cómo ayudar al niño Beckett a encontrar la persona adulta que latía en él y a su vez mostrarle que esa persona adulta aún era un niño. Y decidí romper con todo. No consultar a nadie, y menos a mi supervisor o confesarlo en mi propio psicoanálisis. Lo que jamás recomendaría a nadie.

14. La invitación.

SB entra y se echa en el diván

SB: Buen día, doctor Bion.

PAUSA

WB: He pensado mucho en su caso. Quizás debamos hacer algo distinto.

SB se sienta en el diván

SB: ¿Soy un mal paciente?

WB: Tal vez sea yo un analista algo rígido.

SB: ¿En qué está pensando?

PAUSA

WB: En cenar con su amigo Thompson.

SB: ¿Usted?

WB: Los dos

SB: ¿Usted y yo? ¿Cenar?

PAUSA

SB: Eso no está en ninguno de los libros de Freud.

PAUSA

WB: ¿Tiene todo que estar en los libros de Freud?

PAUSA

WB: Viene Jung la próxima semana

SB: ¿Quién?

WB: Carl Gustav Jung.

SB: El psicoanalista suizo. ¿Y?

WB: Deberíamos ir a escucharlo

SB: Explíquemelo la próxima sesión.

WB: No. Se lo explicaré ahora.

SB: Espere. Lucía, la hija de Joyce, estuvo en tratamiento con Jung. No pasó mucho. Quizás ningún tratamiento ayuda mucho a nadie. Digo, los tratamientos psíquicos. Quizás no hay ninguna cura para nadie. Para Jung, me lo dijo Joyce, Lucía era como un James Joyce pero sin genio. Le llegó a decir que era un caso muy excepcional, que desde luego no era apta para un tratamiento psicoanalítico, el cual, incluso, podía dar como resultado una catástrofe de la que nunca se recuperaría. Me escribió.

WB: ¿Quién? ¿Su amigo Joyce?

SB: Lucía. Quería verme. Yo ya entendí que no puedo hacer nada por ella así que no le respondí. Sé lo que le pasa. Está loca. No quiero dar falsas ilusiones a nadie. Ella dice amarme. Corté con Joyce por eso también. Todos le siguen el amén, como que Lucía fuera genial. Yo no quiero entrar en esa mascarada. ¿Usted de verdad cree que todo conflicto psíquico tiene su base en la primera infancia?

WB: Usted cree que incluso antes.

SB: No lo sé.

WB: Yo tampoco

SB: Usted no sabe nada

WB: Esa es nuestra tarea, saber lo que no sabemos ¿O no?

PAUSA

WB: ¿Quiere ir a la conferencia?

SB: ¿Estamos en la hora? Quiero contarle que estoy escribiendo a toda prisa. 20 mil palabras. No sé si son buenas pero es como si me hubiese destapado. Es sobre la locura, sobre un manicomio.

WB: Sobre un psicoanálisis.

SB: Quizás. También. Quizás. Quizás se ha metido en mi mente y no he podido evitarlo. No lo había pensado. Pero es mi novela y tengo pleno derecho a tomar todo lo que aquí ha sucedido. Usted me pertenece. Hemos pagado por usted. Mi personaje, Murphy, prefiere la región oscura de su espíritu antes que las más claras.

PAUSA

WB: ¿Iremos a la conferencia?

PAUSA

SB: Quedó de explicármelo mejor.

WB: No sé si es necesario.

SB: Pero... rompe el encuadre...

WB: ¿Quién es el analista aquí?

PAUSA

SB: Iremos.

15. Aparte.

WB: Jung tenía una forma muy dramática e impresionante de hablar en público y cuando se refirió al caso clínico de una muchacha que lo tenía muy desconcertado se detuvo unos instantes antes de concluir diciendo “claro está que la verdad del caso radica, tal como pude comprender más adelante, en que la muchacha en realidad no había nacido jamás”. Eso me marcó. Mucho más adelante escribiría algunos textos sosteniendo que el

nacimiento psicológico se puede producir antes que el nacimiento biológico, cuando la persona en cuestión aún se encontraba en el útero materno. El resultado es que el nacimiento biológico no comporta una forzosa separación mental de la propia madre. Puede ser una especie de nacimiento mal gestionado y que permanecen por lo tanto toda la vida con la sensación de permanecer en el útero, porque no se ha producido una cesura nítida durante el nacimiento biológico y a la inversa, esa cesura puede tener lugar con tal rapidez que causa un gran dolor reprimido, fuente de futuras ansiedades. Hablamos de eso con Samuel Beckett y no dormí esa noche pensando en todo lo que se podía escribir sobre ellos, sobre su análisis, sobre la charla, sobre el verdadero nacimiento de una persona.

16. Un salto en el tiempo.

SB de pie furioso. WB en el diván.

SB: No debió hacerlo. No debió hacerlo. ¿Se da cuenta? ¿No? ¡No me interrumpa! Un psicoanalista jamás saca a su paciente de la consulta. Y usted lo hizo.

WB: Usted pone las reglas ahora, May.

SB: No pronuncie el nombre de mi madre ¿Qué está haciendo? ¿Lo hizo porque temía que abandonara el análisis una vez más? Cada sesión lo abandono. Sépalo. Me despido para siempre. Siempre me despido. Vivo despidiéndome. Sin recuerdos, sin apetitos. *Adiós* es mi palabra favorita. ¿Por qué me invitó al restaurante *L'Etoile*? Y con Geoffrey Thompson encima. *Lenguado* encima. Todo muy fino, muy agradable. ¿Sabe lo extraño que me sentía? Quería dejarlo. El análisis, a usted. Y usted me dice "quiero invitarlo a cenar". La angustia casi me desboca el corazón. Y el estómago. La úlcera que seguramente se ha agravado con todo esto. No debí aceptarlo. No debí aceptarlo. No, y no y no. Y después esa conferencia de Jung. Los tres caminando a la conferencia. El clima de Londres y Jung y su aspecto de vikingo. Lo escuchaba y no cesaba de pensar qué me estaba haciendo usted con todo eso. No sé si recuerdo mucho de la conferencia. Era su gesto el que me impresionaba. El que me perturbaba, debo confesarlo.

PAUSA

WB: ¿Y necesitó venir a decírmelo?

SB: Vine a decirle que no vuelvo. Pero vine también a decirle... ¿cómo decirlo? Que se lo agradezco. El gesto extraño de romper usted mismo el análisis.

PAUSA

SB: Es terrible pero debo reconocerle que no me voy solo como cuando murió mi padre. Me voy en su compañía. Eso hizo. Si escribe sobre esto recomiende una cena final. En *L'Etoile* o algún sitio similar. Lenguado en las estrellas. Y una charla. Eso, todo eso, es su compañía. Yo quería deshacerme de usted. La única manera que tenía de relacionarme. Sentir que se irían. Y usted se queda. Su escucha en medio de la nada.

PAUSA

SB: ¿No quiere decirme nada? A modo de despedida, digo.

PAUSA

WB se sienta en el diván. Lo invita a que se suban ambos como a un barco. Viento de tormenta.

WB: Escriba, señor Beckett. Escriba. Ojalá en otra de sus lenguas. El italiano que aprendió leyendo al Dante o el francés de ese París tan lleno de artistas.

SB: Que renuncie a mi lengua materna.

WB: Que se despida así de su madre.

SB: Vendrá una guerra. Tendré una pareja, me apuñalarán, pelearé en la resistencia francesa. Y usted quiere que escriba.

WB: No puede evitarlo.

SB: ¿Usted? ¿También escribirá?

WB: Me temo que sí.

SB: ¿Y en la guerra?

WB: Seré oficial médico. Ya sé de qué va la cosa.

SB: No muera. Todavía no. Tal vez podamos vernos una última vez. Pero no en esta consulta. Y menos en este diván. ¿Me puedo tender? ¿Una última vez?

WB SE LO PERMITE

SB LO HACE. PAUSA

SB Y WB TENDIDOS EN EL DIVÁN

SB SE PONE DE PIE

SB: Gracias, doctor Bion.

WB se incorpora

WB: Gracias, señor Beckett.

SB: ¿Gracias?

WB: Gracias.

PAUSA

SB: Qué extraño.

WB: ¿Terminar así el análisis?

SB: Usted es raro, doctor Bion. Bueno, tal para cual. Los dos somos raros.

PAUSA

SB: Y me da las gracias... ¿Me voy?

PAUSA

SB: Quizás no nos veamos nunca más...

WB: Es una alta probabilidad.

SB: Me voy entonces.

No se mueven.

EPILOGO 1970. Muchos años después.

WB: Señor Beckett, es todo un honor recibirlo en mi consultorio

SB: ¿Todavía atiende?

WB: El psicoanálisis es radicalmente infinito y algunos pacientes me visitan de vez en cuando. Pero tiene razón. Ya no recibo pacientes nuevos.

SB: Escribe sobre psicoanálisis.

WB: Se reirá de mí. No solo escribo teoría, no solo dicto seminarios...

SB: No creo que haya motivo...

WB: En lo que usted es un maestro, soy un aficionado.

SB: ¿Qué quiere decir? Siempre habla en acertijos.

WB: Usted escribe y habla en acertijos. He escrito algunas obras de teatro. Ríase si quiere. Después de una monumental y excesiva novela psicoanalítica, por darle un nombre, “novela”, he derivado a la dramaturgia. No soy como usted sintético y exiguo, escaso ni certero. No. Si usted se alejó de James Joyce digamos que me acerqué a una mezcla indomable entre Freud y su maestro irlandés.

SB: No fue mi maestro. Fui su amigo, casi su secretario.

PAUSA

WB: ¿Por qué vino a verme?

SB: ¿Le parece raro? Habitó mi mente durante dos años en los cuales se decidieron cosas muy importantes en mi interior. Me comía la angustia, no sabía quién sería, pensé en morir. Me hizo coincidir con Jung.

WB: Nos comimos un estupendo lenguado.

SB: Y me dijo que escribiera en una lengua que no fuera la de mi madre.

WB: Lengua, lenguado. Vaya juego de palabras. En español funciona.

SB: Y lo hice. Con la seguridad que da el aplomo del alto riesgo. Como cuando no se tiene nada que perder.

WB: Y se ha ganado el Premio Nobel de Literatura.

SB: Soy uno de esos equívocos de la Academia sueca.

WB: Una tranquilidad económica apreciable.

SB: Me ha permitido ayudar a amigos en aprietos. No se ha quedado todo en mis bolsillos.

WB: Debe jugar con ese dinero como su personaje Molloy con los guijarros en su abrigo.

SB: Me ha leído.

WB: Se lo confieso, completamente. Lo he seguido, es absurdo quizás decirlo, como a un hijo. Y no es que me haya sentido su padre.

PAUSA

SB: Ha conservado algunos muebles de la antigua consulta. Y tiene una bella vista al Pacífico.

WB: San Francisco es ciertamente mucho más amable que Londres.

SB: He venido a darle las gracias. En realidad es así de breve.

WB: Intenté hacer mi trabajo solamente. Usted sabrá, fue de mis primeros pacientes, sino francamente el primero.

SB: ¿No había psicoanalizado a nadie todavía?

WB: Ni siquiera tenía la patente de psicoanalista.

SB: Yo me sentí leído en mi inconsciente.

WB: Quizás lo psicoanalicé y solo usted se dio cuenta. Hay tantas cosas que suceden sin que uno se dé cuenta.

SB: Tiene razón. No sé, realmente, por qué causa me han dado el Nobel. He escrito a pedazos un solo libro. Me hubiera gustado escribir más teatro y ahora, cine o televisión.

WB: He visto algunas cosas tuyas. Raras, señor Beckett, raras. Dejan pensando. Usted se ha metido en el mundo de la mente más que muchos psicoanalistas, incluyendo al aquí presente.

SB: ¿Me puedo sacar los zapatos?

WB: Adelante.

SB: Me molestan. Demasiado nuevos. Me falta ajarlos, sentirlos pasos de un vagabundo, casi calcetines. Ah, qué alivio. Voy ahora a dirigir una vez más *ESPERANDO A GODOT* en California. No sé por qué les interesa tanto. Lo hermoso es que nunca termino de entenderla del todo. He estado con actores tan entregados, tan amables.

WB: Se los merece, usted es un hombre muy amable.

SB: ¿Usted cree?

WB: No se saca su educación aunque sueñe con ser un vagabundo.

SB: ¿Qué será de nosotros?

WB: Me lo pregunta como si yo fuera un oráculo.

SB: ¿No lo es un psicoanalista?

WB: Já, buen punto. Es cierto que leemos a veces el futuro. Dónde llevarán sus pulsiones a nuestros pacientes. Yo veo solo el mío. Ignoro que moriré de una leucemia fulminante. No lo sé todavía pero así sucederá. Usted me sobrevivirá y marcará el teatro del siglo. Su narrativa, que me encanta, será injustamente postergada por su teatro. *MOLLOY, MALONE MUERE, EL INNOMBRABLE*.

SB: Es una novela hecha de a tres tramos.

WB: Sus muchos textos para nada...

SB: Eran eso, para nada. Como la vida, para nada.

WB: Si en algo ayudé a sujetarlo en esta vida, me es suficiente. Su nihilismo, si me permite, sin tomarlo a mal, es hermoso.

SB: No es nihilismo. Creo en un montón de cosas. Dios no, por favor. Pero los amigos, los momentos de amor, las migajas de un vínculo.

WB: El vínculo. Ahí está todo. El amor, el odio, el conocimiento. La mente.

PAUSA

SB: No tengo mucho tiempo. Me he fugado del plan de ensayos. Suelo ser maniáticamente puntual. ¿Me ayuda a ponerme los zapatos? Odio los zapatos nuevos. Lo he leído también a usted. No sea tan modesto. No necesita estar en total abstinencia ni mantener la neutralidad. El psicoanálisis terminó el año 1936. Lo he leído también yo a usted. Y no he entendido mucho. Es decir muy poco. Sobre todo eso de la tabla y la cesura. Nunca fueron más las matemáticas. Usted tiene mentalidad de ingeniero. Un ingeniero de la mente. Mire, parece que me he podido poner estos zapatos. Debería utilizar solamente zapatos usados. Contrataré un vagabundo para que me los ablande. Cada vez que me compre un par nuevo.

WB: No nos veremos nunca más.

SB: Es usted un gran oráculo. ¿No quiere acompañarme a este ensayo? Me gustaría que viera las obras cuando están a medio hacer. A veces he pensado que ese es su verdadero estado. Por eso soy maniático con el tiempo y el espacio, la exactitud de la casualidad. Una sola vez sucede la obra. El resto es ruido, un ruido ensordecedor, un movimiento excesivo. Demasiadas luces, un exceso de gente. ¿No me acompaña? No en vano, usted es como mi tío. O un extraño hermano nacido en la India.

WB: Aparecí en su vida tras la muerte de su padre.

SB: No deja de interpretar, doctor Bion. Y probablemente no se equivoque. Me quedan unos minutos. ¿Puedo tenderme en el diván?

WB: Adelante. A esta hora no lo ocupo más que para dormir una pequeña siesta.

SB: Se la he interrumpido, excúseme.

WB: Tiéndase, tiéndase.

SB se tiende. Pausa larga.

SB: Hay una vieja canción que me acompaña desde mi infancia. La tocaba al piano.

WB: ¿Cuál?

SB: “*Molly Malone*” Tiene una estatua el personaje de ella en Dublín.

WB: *Molloy, Malone muere...*

SB: Deje de interpretarme, doctor....

SB canta “Molly Malone”

SB: ¿No canta conmigo?

WB: ¿Cantar? ¿Yo? ¿Seguro? Quiere que deje de interpretar. Lo llamaré “intervención”. No tengo la voz de tenor de su amigo Joyce, debo advertirle.

SB: Cierto, con él la cantábamos. Vamos, atévase. A estas alturas de la vida ya no tiene nada que perder.

Se ponen los sombreros hongo. Cantan y bailan “Molly Malone”.

SB: No está mal. ¿No ha pensado en actuar? Un pequeño papel.

WB: Un texto para nada.

SB: Aún recuerdo el ruido de su pluma sobre el papel. ¿Conserva mis notas?

WB: ¿Para qué? Está todo en sus libros.

SB solloza ligeramente. Saca el pañuelo. Se suena. WB silencioso. SB se recupera.

SB: Es una bella ciudad San Francisco. Vamos, que me espera Godot. Es decir, ellos me esperan a mí. Yo quizás sea Godot. ¿Supo que hicieron la obra en la prisión de Alcatraz? Cobraba todo su sentido el sin sentido. Era una extraña paradoja. Gente condenada de por vida viendo una obra donde no hay esperanza. Y la disfrutaron. Se reían ¿sabe? Es curioso. Ahora no sé qué esperarán. Doctor Bion, me esperan los actores.

WB: Esperan a Godot.

SB: ¿Qué sugiere? ¿Qué soy una suerte de demiurgo?

WB se encoge de hombros

WB: No lo sé. Se me ocurrió.

SB estira su mano para despedirse.

WB hace lo propio.

Se despiden.

WB: No nos veremos más.

SB: Debería ir al estreno.

WB: Tal vez vaya a una función. No quiero que sepa que estoy allí. Los analistas somos algo fantasmagóricos. Algunos, la mayoría.

SB se golpea con el índice la cabeza

SB: Usted siempre ha estado aquí.

WB: Espero que para bien.

SB: Hasta siempre, doctor Bion.

WB: Hasta siempre, míster Beckett. ¿O debo decirle Monsieur?

SB: ¿Vamos?

WB: Vamos.

No se mueven.

Se escucha "Molly Malone" en la versión de Sinead O'Connor.

Santiago de Chile, septiembre 2019 a febrero 2023

Marco Antonio de la Parra

Correo electrónico: marcodelaparra@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina.

www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar